Laicos y Capuchinos

Temas para los grupos

**TRES TEMAS CLARIANOS**

Proponemos tres retos que nos plantea la sociedad de hoy y que, a nuestro modo de ver, pueden conectar con la espiritualidad de Clara.

1. **El reto de una Palabra palpitante**

Clara fue una mujer amante de la Palabra. La cita continuamente en sus escritos. Es buena conocedora de la misma. La gusta y la hace gustar.

Cuentan que en una antigua escuela rabínica los maestros, para enseñar a leer la Ley a los niños, dejaban caer sobre las letras un hilo de miel. Los chiquillos debían pasar por ellas su pizarrín y llevárselo a los labios. Así, al tiempo que aprendían a memorizar las letras, saboreaban la miel que había en sus trazos.

Es que reflexionar sobre la Palabra es algo más que una mera abstracción religiosa. Es atreverse a comer, devorar con ansia el texto. Con qué pasión lo dice Jer 15,16 en sus “confesiones” cargadas de pathos vital: “Cuando encontraba tus palabras, las devoraba; tus palabras eran mi gozo y mi alegría íntima”. Devorar la Palabra porque ella es fuente de gozo y alegría íntimos. He ahí el presupuesto y la meta a la que había de llegar la vida franciscana cuanto se vuelca a la Palabra.

En realidad, no es sino la continuación de viejas experiencias que la misma Escritura desvela. ¿No dice Ez 3,3 que cuando comió el rollo “supo en la boca dulce como la miel? ¿No afirma Ap 10,9 que el librillo “en la boca te sabrá dulce como la miel y amargo en el estómago? Aluden estos textos a experiencias hondamente personales, dulces, impactantes, ardientes incluso. Así queda reflejado también en Lc 24,32 cuando aquellos dos de Emaús sintieron que “su corazón se abrasaba” mientras les hablaba por el camino.

Hablar de la Palabra sin pasión, sin dulzura, sin sentir dentro su cosquilleo; hablar de ella atrapados en la coraza de hierro de la rutina o de la costumbre; querer verla como fundamento y ánimo de la vida desde meras perspectivas ideológicas es quitarle su verdadero dinamismo. Una Palabra leída sin pasión, sin deslumbramiento, sin contener la respiración podrá ser una manera de construir mensajes religiosos, pero le faltará la chispa que genere el incendio en que arda el corazón. Con razón decía Mme. De Chatêlet que había que pedir pasiones a Dios. Más que nunca a la hora de hablar de la Palabra.

Ésta es la manera profética con que la vida franciscana habría de plantear el reto de la Palabra en el conjunto de la Iglesia: cómo vivir y trabajar la Palabra en maneras “ardientes”, palpitantes, deseadas. Si no, el peligro de la rutina, de la lectura precientífica, de la manera de entender la Biblia separada de la vida se apropiará de la misma Palabra, la domesticarán, la empobrecerán. Es cierto que no somos nosotros quien damos vida a la Palabra; ella misma tiene la vida dentro y nos la ofrece a nosotros. Pero si no se la recibe, propaga, y ofrece en modos palpitantes, el corazón de la Palabra “deja de latir” y su vigor queda prácticamente estéril. La Palabra habría de ser para la Iglesia una profecía que late al mismo ritmo de la vida para, precisamente, ser causa de vida plena.

1. **El reto de caminar sin prisa**

Clara fue una mujer contemplativa. Contemplar demanda andar sin prisa, fijarse.

Llevamos ya muchos años con un ritmo de vida tan frenético que quien no se acomode a él queda automáticamente desfasado. La prisa nos reconcome y de esa manera cuesta engendrar algo. Estamos en la cultura del instante: si algo no vale para ahora mismo, consideramos que no sirve para casi nada. Una prisa como de azogue se ha apoderado de nuestra cultura moderna. Es la cultura del usar y tirar, de la brevedad puesta de antemano como un principio. Es cierto que, al parecer, este ha sido un mal que siempre ha acompañado al hecho humano que tiene dificultad para el disfrute y la vivencia sosegada de las cosas. Pero ahora, la prisa ha cobrado unas dimensiones cósmicas. ¿Habría aún manera de intentar vivir esto de otra manera?

Posiblemente sí en la medida en que aceptemos el reto sencillo de caminar sin prisa. No quiere decir que haya que pararse como un pazguato ante un escaparate deslumbrante. Hay que caminar siempre, tenazmente, esforzadamente. Pero no quiere decirse que haya de hacerse con el frenesí metido en el alma. Caminar sin prisa demanda disfrutar los detalles cada día, valorar el presente como una oportunidad siempre a la mano, dejarse llevar también por la belleza que nos rodea aparcando el afán por intervenir siempre en ella, valorar el silencio como terapia de ahondamiento y de sosiego, relacionarse bien con las personas empleando tiempo en mirarlas y en acogerlas.

¿Fue Francisco de Asís alguien que supo caminar despacio? Es cierto que su época el ritmo de vida era mucho más moderado que en la nuestra. Pero, como decimos, la prisa ha sido patrimonio de la humanidad desde siempre. Él se tomaba el tiempo necesario de oración y de silencio porque el alimento espiritual había que tomarlo despacio, decía. No tenía prisa en la relación con las personas y, aunque diera un asunto por zanjado, siempre dejaba la puerta abierta por si el hermano quería volver a ello, como demuestra la maternal cartita que escribió a Fray León. Aprendió en lenguaje de los disfrutes sencillos y el arte de vivir con poco, de tal manera que su corta vida (42 años nada más) fue suficiente para colmarle el alma de dicha, más allá de sus limitaciones. Precisamente por este caminar sosegado su propuesta de vida fue atrayente, ya que él no ofrecía a nadie grandes obras, inmensas conquistas o beneficios que aumentaban día a día. Como diría el cantante Jorge Drexler “amó la trama más que el desenlace”, el don que Dios le hacía cada día más que un final forzado, un llegar a término sin haber pasado cada día ante su Dios.

Disfrutar, rezar, caminar, relacionarse, guardar de vez en cuando un silencio contemplativo frena el ritmo trepidante de los días. Es lo que hace a la persona más espiritual.

1. **El reto de construir la amistad cívica**

Clara siempre amó a su ciudad de Asís, a sus parroquias, a sus convecinos. No se alejó nunca de ellos.

Con demasiada frecuencia el panorama político nos muestra el espectáculo de personas que, perteneciendo al mismo país, a la misma cultura, al mismo pueblo, incluso a veces a la misma familia, no solamente discrepan en ideas y palabras, sino que escenifican una ruptura y un rechazo que nos dejan perplejos. ¿Cómo siendo conciudadanos, vecinos, familiares, se tratan tan mal? ¿Cómo vamos a enseñar a los niños el respeto, los valores de la convivencia, el lenguaje moderado, las actitudes sosegadas si los adultos, incluso los de más prestancia social, van por caminos opuestos?

La catedrática de ética de la Universidad de Valencia, Adela Cortina, ha acuñado el concepto de “amistad cívica”. La define así: “La amistad cívica sería más bien la de los ciudadanos de un Estado que, por pertenecer a él, saben que han de perseguir metas comunes y por eso existe ya un vínculo que les une y les lleva a intentar alcanzar esos objetivos, siempre que se respeten las diferencias legítimas y no haya agravios comparativos.” La evidencia de la mera convivencia habría de llevar a un vínculo de unidad y, por lo mismo, de respeto y de una cierta amistad que excluyera la deslegitimación, el menosprecio y el rechazo.

¿Fue Francisco una persona en la línea de la amistad cívica? Sí, a la manera de su época. Él participó en las luchas sociales de su ciudad entre “mayores” y “menores”, aliado, claro está del lado de los “menores” porque él no era de origen noble. Esa lucha insensata, como toda lucha, le dejó clara una cosa: había que ponerse del lado de los “menores” pero no con las armas, sino con la fraternidad. A ello dedicó el esfuerzo de toda su vida. Respetó sin juzgar a quienes eran de otra clase social, a “quienes llevan vestiduras blandas y de color”. Pero eso no quería decir que sus posturas de opresión social las considerara justas. Nunca hizo migas con poderosos opresores. Creyó, como dice la obra *Sacrum Commercium* de san Buenaventura que “el mundo era su claustro”, porque consideró que en cualquier parte del mundo podía vivir un franciscano al sentirse hermano de todos. Subrayó, sobre todo, su amistad cívica con los excluidos, con los que el menor habría de “estar contento”. Porque esos tales son los más necesitados de amistad.

A los franciscanos se les ha identificado muchas veces como “gente del pueblo” por su cercanía a los estratos populares. No estaría mal que, en esta época, se les calificara como buenos ciudadanos, personas que están interesadas en que la convivencia ciudadana marche por sendas de respeto y aprecio, ya que todos estamos en la misma barca. Hay en París un movimiento contemplativo de reciente fundación que se llama “Monjes ciudadanos”. Definen su carisma como “monjes en el corazón de la ciudad”. La vida franciscana, sin ser monástica, también quiere estar en el corazón de la ciudad para generar ciudadanía, que es un rostro actual de la fraternidad.